

tajos en los países sometidos, y poblaron de mercados la Siria, y las costas del mar Jónico y del mar Negro. También los buques de otras ciudades más distantes, que se ocupaban en llevar expediciones de gente armada ó de devotos á Palestina, volvían cargados de telas, de especias y toda clase de mercancías, y de aquí principió la prosperidad comercial del Mediodía de la Francia, de los Frisones, de los Flamencos, de Bremen y de Lubek, y el incremento que las artes y la industria tomaron en estos puntos. Con esto las ciudades adquirieron riquezas y fuerza, y la clase média se puso en disposición de reclamar sus derechos.

El azúcar vino á ser la base de muchas preparaciones, y se empleó en conservar el sabor de las frutas y el perfume de las flores. Se hizo general la afición á las especias que se usaron con profusión en los manjares y en los vinos. Los poetas sacaron sus comparaciones de la fragancia de las drogas, y rodearon los palacios de las hadas de bosquecillos de árboles olorosos como los del cinamomo, del clavo y de la nuez moscada. No pasó mucho tiempo, y un navegante afortunado yendo en busca de la tierra que produce estos frutos, encontró un nuevo mundo.

Más antes era preciso que la navegación mejorase, y esto se consiguió con las Cruzadas. Los Septentrionales usaban embarcaciones maticas y pesadas, mientras que los navegantes del Mediterráneo se valían de barcos endebles y ligeros; aprovecharonse, pues, recíprocamente de ambos métodos. Empezaron por construir buques muy grandes con el objeto de trasportar mucha gente á la vez; pero los reiterados desastres decidieron á abandonar este sistema; se comprendió no obstante que un solo mástil no bastaba para naves tan grandes, y comenzaron á poner varios sobre un mismo buque. Se abandonó también el lento y ruinoso transporte por tierra de las mercancías de Amberes á Génova, y se prefirió la vía del mar. Añádase á esto que los reyes á su vuelta de la Tierra Santa quisieron tener una marina, como lo hizo Felipe Augusto, y que al mismo tiempo que se adoptaba el nombre de almirante tomado de los Árabes, se hizo perpétuo su cargo que antes solo se confería durante la guerra.

¡Cuán en la infancia no se encontraba también antes de las Cruzadas el arte de la guerra que hace menos mortíferos y más decisivos los resultados de este desarrollo grandioso de la fuerza! El sistema feudal impedía la unidad de mando. Si las primeras Cruzadas hubiesen ido por mar se hubiera desde luego excluido á la embarazosa muchedumbre que arrastrada por el entusiasmo se alistó en aquellas expediciones y pereció miserablemente en ellas. Por otra parte los nobles tenían demasiada confianza en sus caballos, hasta que los reveses que sufrieron les demostró que la caballería era poco á propósito para pelear contra semejantes enemigos. Cuando la guerra dejó de ser el ímpetu ciego

de una turba fanatizada, se hicieron grandes preparativos para dirigirla según cierto plan, y hubo almacenes, transportes, trenes de equipajes, cosas todas no usadas anteriormente en las cortas y cercanas campañas feudales, ni aun en las expediciones de los emperadores á Italia, en atención á que las ciudades ó los señores estaban obligados á proporcionar los víveres. Es una burla decir que los timbales y tambores fué lo único que ganamos en aquellas expediciones, siendo así que aprendimos á metodizar para en adelante las guerras, introduciendo reformas que las hacen menos desastrosas y más eficaces; á establecer el aseo y buen orden en los campamentos; á ver numerosas tropas mantenidas por sus caudillos durante mucho tiempo, primer ensayo de los ejércitos permanentes; á disciplinar las turbas que se alistaban en aquellas expediciones, en las que no bastaban los caballeros cubiertos de hierro; lo que reconstituyó la infantería y dió un nuevo golpe al feudalismo. También se aprendió á hacer uso de máquinas desconocidas tanto para la defensa como para el ataque de las plazas, y para el abrigo de las personas. Últimamente las máquinas incendiarias empleadas por los musulmanes aceleraron la aplicación del descubrimiento de la pólvora.

La historia no puede prescindir de estos hechos, desde el instante en que abandone las preocupaciones y los odios. Y no se diga que estos beneficios se realizaron, sin saberlo ni quererlos los promovedores de las Cruzadas. ¡Pues qué! los grandes hombres, instrumentos los más poderosos en manos de la Providencia, ¿conocen todas las vías por donde son conducidos? ¿Sabía Napoleón que trabajaba por la libertad comprimiéndola, y sabían los reyes que atacando á la revolución completaban su obra? Sin duda que en nuestro siglo se han modificado bastante los falsos juicios que una filosofía burlona había hecho sobre las Cruzadas; pero si no nos engañamos, aun no han sido ni narradas ni cantadas sino en detalle, y no en el majestuoso conjunto que se admira leyéndolas en las sencillas crónicas francesas, en las pomposas declamaciones de los musulmanes, en la sátira plañidera de los Griegos, en las relaciones entusiastas de los devotos, y en las diatribas burlonas de los escépticos.

Sin embargo, no pueden considerarse de un mismo modo todas aquellas expediciones hechas en tiempos distantes y con diferente intención. El ciego entusiasmo de la primera Cruzada personificada en Pedro el Ermitaño que no aguarda socorro sino de su fe y de una voluntad invencible, se mezcla en la segunda con la piedad religiosa de los que la habían excitado. La tercera, más guerrera y política, se emprende más con la mira de hacer conquistas que de redimir el Santo Sepulcro, y sus jefes no saben sacrificar á este piadoso objeto su ambición y su envidia. Al principio no bastan pastorales, sermones, ni la misma fuerza á dete-

ner á la muchedumbre que se precipita sobre Asia; después se ve obligado Enrique VI á prometer treinta onzas de oro al que se aliste para pasar á Siria; Pedro el Ermitaño y Fulco de Neully declaran indigno á todo el que no tome la cruz y la espada contra los infieles, y al mismo tiempo los Genoveses y Pisanos ayudan á estos con armas, hombres y naves. Poco á poco la lucha religiosa y caballeresca degenera en cálculo, desde que se ve la necesidad de ocupar el imperio griego y el Egipto; y finalmente acaba por ser un viaje de mera curiosidad, un campo abierto al espíritu aventurero y á la sed de riquezas.

Varias fueron las causas que contribuyeron al mal éxito de las Cruzadas. Á los inconvenientes inesperables de un ejército feudal, hay que añadir la prohibición hecha á los Cruzados por el concilio IV de Letran de que no usaran de la ballesta por ser arma muy mortífera, de donde resultó que la infantería quedase casi desarmada. Persuadidos por otra parte de que más que de combatir tendrían necesidad de desembarazar el camino, casi no llevaron consigo más armas que útiles de zapa. Nada diremos de la mucha gente inútil que solo sirvió de embarazo, ni de las mujeres que aumentaron la corrupción é indisciplina, ni de la chusma de hombres inmorales y viciosos que acudían á tomar parte en las Cruzadas, creyendo que se les perdonaban los pecados, ni de la extraña práctica de no imponer más que penitencias canónicas contra los actos de indisciplina, causas todas que naturalmente debían producir el más espantoso desorden. Como además tenían una fe ciega en la protección del Cielo, descuidaban todos los medios humanos, y así era que cuando se veían burlados en su necia confianza, caían en un abatimiento tal que llegaba hasta la apostasía.

Era natural que tratándose de expediciones emprendidas en nombre de la religión, tuviesen los sacerdotes y los legados pontificios una parte principal en los consejos y en la dirección, y que su parecer prevaleciera sobre la experiencia de los caballeros, sin embargo de ser las más veces descaminado y fatal. Su intolerancia hacía imposible toda avenencia con los musulmanes, á quienes acaso hubiera convenido halagar mientras se consolidaban las nuevas colonias, así como también se debiera haber respetado la pueril vanidad de los Griegos en creerse superiores á los Bárbaros Occidentales, solo porque eran depositarios de una civilización decrepita.

Como consecuencia forzosa de los elementos feudales que entraron en las varias conquistas hechas en Palestina, resultó que en vez de formar un todo compacto y recíprocamente sostenido, cada una de ellas tuvo distinta dirección y objeto, así es que divididos los Cruzados en intereses, peleaban muchas veces entre sí los mismos que tanta necesidad tenían de ayudarse contra el enemigo común. No era tampoco el

único objeto de aquellas expediciones rescatar la Tierra Santa, sino más bien defender la religión. En este concepto se armaron algunos bajo el mando de Enrique de Sajonia contra los idólatras del Báltico, y les obligaron con la punta de la espada á recibir el bautismo, del que renegaron en seguida de haber partido los Cruzados. Alfonso de Borgoña condujo otra expedición á las orillas del Tajo para socorrer á los Cristianos contra los Moros, y se apoderó de Lisboa. Los mismos papas dirigieron expediciones contra los Bárbaros del Norte, contra los herejes y contra sus propios enemigos, de manera que esta división de esfuerzos debilitaba su eficacia.

Si todas estas empresas fracasaron, se debe, además de las razones expuestas, á que se tuvo una confianza imprudente en los milagros, á que se obró muchas veces más por arrebatos que por raciocinio, á que las repúblicas italianas que eran los mejores instrumentos gastaron sus fuerzas en las luchas interiores; se debe también á la falta de unidad y concierto entre las potencias expedicionarias, á la poca habilidad en el arte de la guerra, y ningún conocimiento de la oportunidad de emprenderla, á que el pueblo más caballeresco de Europa estaba ocupado en una Cruzada doméstica, mientras que los demás tuvieron que atender á su organización interior. Añádase á esto el clima, añádase la fe dudosa ó la enemistad declarada de los emperadores griegos que hicieron abortar las expediciones mejor combinadas, como las de Conrado III y Barbaroja, y añádase por último, que no tenían que habérselas con los ineptos musulmanes vestidos en nuestros días con un ridículo uniforme y á quienes hay que obligar á palos á que sean soldados, sino con los Árabes entre quienes el recuerdo de inmensas conquistas estaba aun reciente, y con los Turcos que llegaban entonces vigorosos y audaces á buscar botín y patria en las comarcas más bellas del mundo (1).

Déjese, pues, de juzgar á las Cruzadas por sus resultados parciales, y de arrojar sobre la edad heroica de todas las naciones europeas un baldón que no apoyan ni la razón ni el sentimiento, guardémonos á lo menos de cometer esta injusticia nosotros que hemos deplorado tanto las desgracias de la patria de Fídias y de Sócrates, y que á falta de otra cosa, hemos secundado con himnos y votos, armas propias de esta edad cobarde, los generosos esfuerzos de los tardíos hijos de Timoleon y de Epaminondas (2).

(1) Los grandes sacrificios que cuesta á la Francia la conservación de la Argelia, justifican á los Cruzados de haber sucumbido en su empresa.

(2) « Transporter au delà des mers des vassaux, des factieux, et par là rendre le calme à l'État; tourner contre les barbares la fureur de ces lions indomptés qui déchiraient la patrie, et par là laisser reposer les peuples; occuper leurs armes contre un ennemi éloigné, afin qu'ils ne les tournassent pas contre leurs rois, et, par là affermir le trône, et, par les guerres étrangères, étouffer les instestines: en voilà la politique.

» Combattre un peuple féroce, qui avait pour article de

Supongamos que el leon de San Márcos y el dragon de San Jorge se hubieran establecido sólidamente en las orillas del Bósforo, del Jordán y del Tigris; una poblacion culta desplegaría aun allí la varonil energia que en otro tiempo hizo de aquellas comarcas otros tantos centros de civilizacion; Seleucia, Antioquia, Bagdad... serian para el Asia lo que Paris y Lóndres para la Europa; en los lugares en que un bajá por medio del latigo y la cimitarra fuerza hoy á pueblos miserables á que se doblegan á sus miradas ó caprichos, donde el Beduino y el Berberisco ejercen osadamente la piratería y el robo, florecerian gobiernos constituidos para el orden y para la libertad, y desde el seno de la ciudad mas hermosa que ilumina el sol, se derramarían torrentes de cultura y de amor por Asia y Europa, puestas de acuerdo en el sentimiento y en la idea, para esparcir la luz de la verdad en el Norte y llevarla al corazon del Africa y á las últimas regiones del Oriente.

Si por el contrario no hubiese lanzado un ermitaño el grito de *¡Dios lo quiere!* y si no lo hubieran acogido los papas, la naciente civilizacion europea, todavía ruda, pero preñada de grandezas y virtudes, hubiera sucumbido bajo el influjo de la abrillantada, pero falsa civilizacion de los Árabes, que llevaba en su seno el gusano mortal. Entónces la religion del amor y de la libertad se hubiera visto obligada á ceder el territorio europeo á otra religion de sangre y de esclavitud, y sobre las hermosas comarcas de Italia y de Francia pesaría la brutal tiranía doméstica y política, la orgullosa inmovilidad, la ignorancia sistemática y la letal indiferencia.

CAPÍTULO XIX

España, Magreb y Portugal.

La constante Cruzada de los Españoles contra los Árabes que ocupaban sus provincias, iba dando felices resultados. Una vez extinguida la vigorosa y activa dinastía de los Omniadas,

foi d'exterminer les chrétiens; qui avait porté ses ravages en Espagne, en Portugal, en Allemagne, et jusque dans la France; qui préparait des fers à toute la chrétienté, si la religion n'eût réuni les princes chrétiens contre ces rapides conquérants, et, par les croisades, délivrer l'Asie, et rassurer l'Europe: en voilà la justice.

» Osons donc une fois braver le préjugé, et nous représenter ces guerres saintes aussi heureuses qu'elles auraient pu être! L'Asie ne serait point la proie des barbares. La loi de l'Évangile aurait fait des mœurs et des hommes, là où la loi d'un imposteur n'a produit que des mœurs honteuses pour l'humanité. L'Europe, l'Asie, l'Afrique, ne seraient, pour ainsi dire, qu'un peuple et une religion; la mer serait sans pirates, le commerce sans obstacles, le nom de chrétien sans ennemis: des millions de malheureux, nos frères et nos compatriotes, ne gémeraient point, à la honte des nations, sous les fers des infidèles, et en voyant le monde affranchi de la tyrannie ottomane, au lieu de dire: Quelle folie que les croisades! on s'écrierait: Quel malheur pour l'humanité que les croisades n'aient pas réussi! en voilà l'apologie.» CAMBACÉRÈS, *Panégyr. de saint Louis*, nel 1778.

quedó hecho girones el califato de Córdoba (1). 1031. Dominaban los Ategiabas, poderosa tribu árabe, en las provincias septentrionales; los Algarbes y la Lusitania formaban su confederacion bajo el mando del emir de Badajoz. Toledo, rebelde siempre á la dominacion de los califas, se dió un gobierno especial bajo el vasallaje de Ismail ben-Dilnun, que ensoberbecido con su valor y con la antigüedad de su raza, aspiraba á la preeminencia sobre los emires de Córdoba y Sevilla. Zaragoza, Huesca, Valencia, Granada, Algeciras, Almería, Denia, Carmona, Murcia y Mallorca obedecian igualmente á príncipes particulares, y lo mismo otros Estados mas pequeños, como Gibraltar, Huelva, Lérida, Tudela y Tortosa.

Estas subdivisiones se asemejaban mas bien que al feudalismo europeo, al estado de guerra continuo en que vivian los Árabes ántes de salir de su país, sosteniéndose unos á otros, y uniéndose los más débiles para reprimir á los poderosos. Poco fruto podríamos sacar de la narracion enojosa de aquellos incesantes combates de los Árabes, y de los que sostenian entre sí los Estados cristianos de Aragon, Castilla, Navarra y Cataluña; concretémoslos, pues, á los hechos principales, y al interesante espectáculo de una nacion ocupada en recobrar su independencia á fuerza de trabajo, de valor y de constancia.

Los visires de Córdoba eligieron por califa á Gewar, hijo de Mohamed, ministro del califa anterior, hombre de gran sentido, y que se habia portado noblemente en la guerra civil. No quiso Gewar ejercer el mando absoluto, sino que creó un consejo compuesto de los jefes de las tribus, á cuya decision sometia los negocios mas importantes, de manera que al que le pedia alguna gracia, le contestaba que nada podia hacer por sí propio, en atencion á que no era mas que un voto en el consejo. Suprimió en la corte todos los criados inútiles y todas las galas superfluas, desterró á los espías y á los médicos no autorizados, sustituyó á los abogados particulares con otros pagados por el Tesoro público, edificó almacenes, arregló la justicia, y hubiera sin duda contentado á sus súbditos, si los tiempos hubiesen sido ménos difíciles. Pero los walfes se creían dispensados de la obligacion de obedecer, desde la caída de los Omniadas; en el breve plazo de treinta y dos años se habian sucedido nueve califas con grave detrimento del prestigio de la autoridad suprema, y las provincias rehusaban su obediencia á la capital, tanto que podia muy bien decirse que el califato de Occidente solo existia en el nombre.

El poder de Gewar estaba ademas amenazado por Ben-Abad, emir de Sevilla, que llegó á reunir bajo su dominacion hasta la misma Córdoba, y comenzó la famosa dinastía de los Beni-Abades. Al-Mamun Yahia, emir de Toledo, 1113-1041.

(1) Véase tom. III, pág. 606.

sostenido por Alfonso VI, rey de Leon y Castilla, se armó contra aquellos dos reinos y se apoderó de sus dos capitales; pero á su muerte no tan solo se perdieron sus conquistas, sino que descontentos los habitantes de Toledo llamaron al rey Alfonso, que se apoderó del reino. 1085. Mohamed-al-Motamed, emir de Sevilla y de Córdoba, tomó recelos de resultas, y para conjurar el peligro, convocó á los demas emires de la Península á una asamblea, y en ella se adoptó la imprudente resolucion de llamar en su ayuda á los Almoravides de África.

Almoravides. A mediados del siglo XI, los dos tribus imiaritas de Gudala y Lamtunah, emigradas de la Arabia, á consecuencia de discordias intestinas, vivian en los desiertos de África, situados mas allá del Atlas, sin mas bienes que su libertad y sus camellos. Yahia-ben-Ibrahim, de la tribu de Gudala, yendo de peregrino á la Mecca, se encontró por casualidad con Abu-Amram, alfaquí de mucha nombradía, quien oyendo de boca de Yahia cuán ignorante y grosera era aquella tribu, resolvió mandar á ella misioneros. En calidad de tal se presentó allí Abdallah-ben-Yasim; pero siendo malísimamente recibido cuando habló de abstinencias y de abandonar los vicios, se retiró á una ermita con siete discípulos. Habiéndose elevado estos al cabo de poco tiempo á muchos miles, los envió á predicar á sus tribus respectivas, con el encargo de emplear la fuerza, donde no fuera bastante la persuacion. De este modo no tardó Abdallah en ser reconocido por jefe, y en someter á la tribu de Lamtunah, y así como á los Bereberes vecinos; y en recompensa del valor que constantemente habian acreditado sus sectarios, les dió el nombre de Moravites ó Almoravites (1), que significa consagrados al servicio de Dios. Consolidó su apostolado con las conquistas, quitando todo el Magreb á los Zegries, y dejó el poder á Abu-Bekr, quien construyó á Marrúecos. Pero no pudiendo conservar la dominacion de este país, se volvió al desierto, entregando ántes el mando á Yussuf-ben-Taschfin. Este jefe, tan capaz como ambicioso, afianzó la conquista del África, apoderándose de Fez y de Ceuta, y para no ofender á los fatimitas de Egipto que tomaban el título de *Emir al-mumenim*, adoptó el de *Emir al-moslemim*.

Á Yussuf acudieron trece emires de España solicitando su ayuda, en vez de buscar la fuerza en la union de todos ellos. Alegre por demas con aquella demanda, la aceptó desde luego, con la sola condicion de que se le cediera la provincia de Algeciras para asegurarse el paso del Estrecho. En el momento de su partida exclamó: «Alá, si mi expedicion ha de ser ventajosa á los creyentes, manda á las olas que favorezcan mi viaje; si no, indicame lo melo volviéndomelas contrárias.» Desembarcó en las costas de España con toda felicidad, 1086.

(1) *El-morabethyn*, religiosos, ermitaños.

dad, y habiendo avanzado hasta Zelaca, junto á Badajoz, deshizo completamente á los Cristianos con muerte de veinticuatro mil hombres, y Alfonso VI se salvó milagrosamente con escaso número de jinetes.

Parecia como si hubiesen vuelto los aciagos tiempos de Tarik y de Muza, y se hubiera perdido el fruto de cuatro siglos de resistencia; pero sin desalentarse Alfonso se ocupó en reparar el daño, mientras que las tropas de Yussuf, combatiendo por un país que no era el suyo, echaban de ménos las playas ardientes del África, no obstante el risueño atractivo con que les brindaba la España. Pero Yussuf, que habia proyectado erigirse en soberano de los que habian buscado su alianza, volvió con fuerzas mas considerables. Los emires de España que habian penetrado sus ambiciosos proyectos, no le secundaron, lo cual le sirvió de pretexto para tratarlos como á enemigos; en su consecuencia se apoderó de Granada é instaló allí un gobierno; despues volvió á reembarcarse dejando á sus generales el encargo de atacar á Sevilla, Córdoba, Ronda y Almería, que todas ellas fueron tomadas. 1088.

Mohamed, que habia hecho venir á los Moros, y despues implorado á los Cristianos, se vió obligado á rendir á Sevilla, y si bien pudo salvar la vida en la capitulacion, se le trasladó entre cadenas al África, con sus hijos y mujeres en número de ciento, viéndose en la necesidad de hilar para ganarse el sustento. Este brusco vaiven de la fortuna, y la despedida de aquellos infelices á las doradas torres de Sevilla, dieron asunto á los poetas árabes para tiernas elegias. 1092.

Habiendo acabado los reinos de Andalucía despues de sesenta años de una existencia turbulenta, quedó Yussuf por único soberano de la España árabe, y se hizo reconocer como tal por el califa fatimita de Egipto. Cuando vino despues á visitar las conquistas de sus generales, designó por sucesor á Alí, su hijo segundo, recomendándole como el medio mas seguro, bien que odioso, de tener en sujecion á sus enemigos, el de confiar el gobierno á los Almoravides, y tener para su guardia diez y siete mil de ellos, al mismo tiempo que empleara á los Árabes de España en la guerra sagrada. 1103.

Yussuf murió en Marrúecos de la primera enfermedad que tuvo en cien años de vida, dejando treinta mil arrobas de plata y cinco mil cuarenta de oro (75,000 y 1,260 quintales); así no faltaron á su memoria las alabanzas que prodiga la adulacion á los héroes afortunados. El gallardo y generoso Alí encomendó la guerra sagrada á Temim, su hermano mayor, quien fué á buscar á los Cristianos, y venció en Ucles á Alfonso, con muerte de su hijo Sancho, héroe de diez años, y la flor de la nobleza castellana. Esta victoria costó cara á los Moros, y no sacaron de ella grandes ventajas, gracias al valor y á la pericia de Alfonso; pero habiéndose llegado nuevos refuerzos de África, invadie- 1106. 1108. 1111.